

... ..barroca que se desarrolla fundamentalmente en el siglo XVII y que tiene sus manifestaciones en todos los campos de la vida social. La música, el arte, el vestido, la literatura, etc. ¿Qué entendemos, pues, por barroco? El lenguaje genérico y por derivación de un modo de vida y de un estilo determinado podemos considerar barroca a toda manifestación cultural que se caracteriza por cierto recargamiento de formas, una huida del orden y de la claridad, un afianzamiento de la retórica, entendida como ropaje y ejercicio, una búsqueda de infinito, de ruptura de límites. Todas esas características corresponderían, por otro lado, precisamente a una concepción del mundo y a un estilo que, como hemos dicho antes, se desarrolla principalmente en el siglo XXI.

Europa y América Latina a lo largo del siglo XVII. En cualquier caso, el término se aplica por extensión a cualquier manifestación cultural que parezca reunir una o varias de esas características. Pero ahora vamos a centrarnos en ese siglo complejo, siglo de crisis y afirmación, siglo contradictorio que representa el punto de arranque, o más bien, de consolidación de la sociedad moderna. El siglo XVII es el siglo del absolutismo, el momento en que las monarquías nacionales se consolidan y fortalecen y surge un nuevo concepto del que somos deudores, el concepto de Estado. ¿Por qué época de crisis? ¿Por qué de afirmación? Porque de él arrancan, como acabo de decir, las bases de la sociedad moderna. Siglo de crisis para algunas naciones, como por ejemplo España. Siglo de autocrítica. Siglo de autocrítica.

y afirmación para países como Francia. Siglo, por un lado eminentemente religioso, de la consolidación de la reforma protestante y al mismo tiempo del triunfo de la contrarreforma. Pero también siglo del racionalismo y del método, del despegue de la ciencia matemática. Siglo de descubrimientos. Siglo de descubrimientos. Siglo de descubrimientos.

Las grandes escenografías teatrales confieren un fondo propio a un espectáculo que se propone ser síntesis de géneros. Todo está permitido. El barroco trae la comprobación del infinito y el hombre puede romper los límites. Los trucos teatrales, los espejos, la tramoya en una palabra, son representativos de toda una nueva concepción del mundo. Newton, Galileo, Descartes. Las ideas claras y distintas. El hombre concebido como ser racional. La matemática y la física desgajándose del terreno de la filosofía y pasando a ser ciencias exactas. ¿Cómo se combina esto con el predominio en toda la vida social de una sociedad que hemos definido como altamente religiosa? Ciencia y religión parecían reñidas hasta ese momento. Incluso entonces, ¿no fue precisamente el papa urbano VIII el que obligó a Galileo a retractarse de sus observaciones científicas sobre la Tierra y el Universo? ¿Por eso hemos definido a la época barroca? O mejor dicho, al siglo XXI.

siglo XVII como complejo y contradictorio. También es el siglo del absolutismo, el momento en que un rey como Luis XIV podía afirmar el Estado soy yo. Hobbes, uno de los teóricos más lúcidos de la teoría política contemporánea, estaba dando en su obra Leviatán, publicada en 1651, la rúbrica de gracia a ese nuevo Estado omnipotente que se alzaba como una enorme máquina necesaria por encima de la individualidad de los ciudadanos y de sus diferencias. Pero es también el momento en que otro teórico inglés, John Locke, en su ensayo relativo al conocimiento humano, defiende el inalienable derecho del hombre a la libertad. Sobre teorías como la de Locke se basarían después los teóricos de la Ilustración para combatir precisamente al absolutismo. Pero las síntesis son siempre contradictorias.

Descartes intentó geometrizar toda la naturaleza, partiendo del predominio absolutista. Y como cúspide del sistema sigue apareciendo Dios.

Un Dios que, según él, es demostrable a partir del conocimiento racional. Espinosa, un judío portugués nacido en Ámsterdam, concibió un universo panteísta donde de nuevo se intentaba aplicar a Dios la razón matemática. Él también defiende al Estado, como Hobbes, pero para él el Estado es simplemente un medio adecuado para la plenitud del hombre individual. Razón, Dios. Fe, ciencia. Todo puede preguntarse. El hombre del siglo XVII ya no cree en autoridades. Está orgulloso de su razón y con ella se cree capaz de desentrañar todos los secretos del universo. Pero es lógico que la Iglesia, y sobre todo la Iglesia contrarreformista, que había salido fortalecida en su fe tras la lucha con los protestantes, viera con recelo estos intentos de compaginar razón humana y revelación, o ciencia y religión. Eso explicaría la condena y la retractación de Galileo. La Iglesia es la Iglesia. La Iglesia es la Iglesia.

Sin embargo, me parece que hemos hablado muy poco del terreno donde más claramente se manifiesta el nuevo estilo. Me refiero al campo del arte y la literatura. Antes hablamos de la música. Es en aquel momento cuando, al incrementarse el número de instrumentos y al mismo tiempo de los solistas, se gestó la orquesta moderna. En literatura es la época de Sespir y de Cervantes, la de Calderón, Racine o Molière. Un momento en que el texto se convierte en jeroglífico y desafío. El lenguaje es como un espejo que encierra mil sentidos que descifrar. Conceptismo y culteranismo son dos aptitudes ante la palabra que coinciden en la fascinación por la escritura. El alma humana aparece como recipiente inabordable. Las pasiones se descarnan y se desvanecen.

solo son contrapesadas por la ironía y el escepticismo. Todo es posible y aquel viejo ideal renacentista de equilibrio y medida, de orden, se ve trastocado. Hay una obsesión por el realismo. En España, país esquilado por una dinastía sin visión de futuro, donde la miseria y el hambre son la cara oculta de un imperio que es pura fachada, surge la novela picaresca. Los dioses son, como en el Renacimiento, hechos a la medida del hombre, pero el hombre es el borracho risueño del cuadro de Velázquez, el pícaro que desconfía de todo y busca sin cesar nuevas respuestas. Realismo, desmesura, búsqueda del infinito, ruptura de los límites. ¿Cómo se concreta esto en la pintura? La España del XVII es una España esquilada y empobrecida, pero al mismo tiempo es el lugar donde escribe Cervantes, donde pintan Murillo, Zurbarán, Rivera y Velázquez. Mal se compagina esa imagen de desastre con lo que se ha llamado la historia de la historia de la historia. El siglo de oro de las artes y la...

letras. No tiene por qué existir una relación directa entre auge económico, libertad y florecer artístico. Las épocas de crisis, los momentos conflictivos y de contrastes suelen ser ricos en producción artística. La economía de la España de los Austrias, las guerras interminables y agotadoras habían dejado al país sin recursos y a la sociedad sumida en el miedo y el escepticismo. No era un terreno adecuado para el pensamiento libre, para que se desarrollase una obra crítica como la de Descartes o Spinoza, pero sí era, en cambio, terreno propicio para la creación. El barroco, al fin y al cabo, es el auge de la representación, de la teatralidad, de lo ficticio. La literatura y el arte son ficciones creadoras, lugares aptos para el desarrollo de la fantasía. Además, la iglesia contrarreformista, tanto en Italia como en España, favoreció a las artes, concretamente a la cultura, y a la cultura de la

historia. Y a la pintura y a la arquitectura, porque necesitaba rodearse de un boato y una grandeza...

que tenía mucho de decoración y escenografía. Los grandes papas de la contrarreforma quisieron perpetuar la labor de los grandes papas del Renacimiento y Roma se convierte en un centro de arte, como lo había sido en la época de Miguel Ángel. En España serán las iglesias las grandes mecenas de pintores como Zurbarán, Murillo o Rivera, y la misma corona que había llevado al país al desastre requiere una corte fastuosa y grandilocuente. Felipe IV manda construir el Palacio del Buen Retiro, uno de los conjuntos más admirables de su época, y elige como pintor de cámara a Velázquez. ¿Y en el resto de Europa? El barroco es fenómeno casi universal en la Europa del XVIII. Serán italianos los grandes constructores como

como Bernini o Borromini. Italiano será también ese sorprendente pintor que introduce el tenebrismo en la pintura, Miguel Ángel Caravaggio. Sus cuadros escandalosos servirían de modelo a toda una generación en toda la Europa contrarreformista. Juego de luces y sombras, realismo exacerbado de los personajes, búsqueda de las calidades de los objetos. Y el otro gran centro de creación sería Holanda, recién liberada del dominio español. Un genio como Rembrandt serviría él solo para definir el barroco. Intimismo y misterio, fantasía y grandeza. El infinito que se hace humano.